

Prólogo

*****23:25 p.m. ♥ shelB se ha unido a la sala

♥shelB: kiere hablar alguien?

Justin5: chica, k pasa

♥shelB: nada bueno

Justin5: te estaba esperando

♥shelB: quién hay por aquí?

Justin5: solo nosotros

♥shelB: dónde está Kylie de NY?

Justin5: no lo sé. xk no tienes foto?

♥shelB: pronto la pondré

Justin5: pareces muy sexy, lo eres?

♥shelB: jajaja

Justin5: lo digo en serio

♥shelB: gracias

Justin5: tus padres te dejan estar hasta más tarde?

♥shelB: solo está mi madre y no le importa

Justin5: y tu padre?

Justin5: sigues ahí?

♥shelB: murió el año pasado

Justin5: estás de coña

♥shelB: es cierto

Justin5: cómo?

♥shelB: en un accidente de coche

Justin5: qué fuerte!!

♥shelB: mi madre me dijo k se quedó dormido, pero estaba borracho. Ella siempre me miente

Justin5: es increíble!

♥shelB: por?

Justin5: mi padre tb murió en un accidente de coche el año pasado

♥shelB: k coincidencia!

Justin5: tenemos demasiado en común, quiero conocerte

♥shelB: yo tb quiero conocerte

Justin5: dónde vives?

♥shelB: acaba de llegar mi madre!!!!

Justin5: hasta luego

*****11:32 p.m. ♥shelB ha salido de la sala

1

Hartsfield-Jackson Atlanta International Airport
Miércoles, 4:05 p.m.

Fiona Glass estaba entrenada para observar rostros, pero incluso aunque no hubiera sido así, habría mirado ese.

El hombre que la observaba desde el otro lado de la explanada abarrotada era un cúmulo de contrastes, desde el nacimiento del pelo, en retroceso, a sus juveniles mejillas sonrojadas. Su cabello era rubio, del mismo tono que el de ella, y un puñado de pecas le salpicaban el puente de la nariz, que le habían roto en algún momento.

Pero fueron los ojos los que realmente capturaron su atención. Eran castaños, serios y estaban clavados en ella.

Fiona se detuvo ante la puerta de llegadas, interrumpiendo el paso al resto de pasajeros.

—Lo siento —murmuró, retirando el *trolley* negro que obstaculizaba a la marea humana.

—¿Señorita Glass?

Ella miró los ojos que le habían llamado la atención minutos antes.

—Garrett Sullivan, FBI —dijo el hombre.

Un agente especial. El traje gris y la anodina corbata deberían haber hecho que se imaginara a qué se dedicaba. Se colgó el abrigo en el brazo y la correa del maletín del hombro para poder estrechar la mano que le acababa de ofrecer.

—No sabía que iban a venir a buscarme —repuso tras retirar la mano—. Tenía pensado coger un taxi.

Él curvó la comisura del labio.

—No me gustaría que se perdiera.

—¿No vamos a comisaría?

—Cambio de planes. —Él se ocupó de la maleta y se incorporó a la marea de personas, creando un camino que ella debía seguir. No era demasiado alto, como mucho un metro ochenta, pero sí voluminoso como un deportista que ha descuidado su forma física.

—¿Ha facturado algo? —preguntó él por encima del hombro.
—No.

Resultaba evidente que todavía no iba a ponerla al tanto de nada, así que lo siguió a través de la explanada. Miró a su alrededor, a los ejecutivos que se apresuraban, se alisó los cabellos que se le habían escapado del moño francés y se subió las solapas de la chaqueta. No le gustaban nada los trajes, pero no se le ocurriría ponerse otra ropa para reunirse con la policía y los agentes del FBI; la mayoría eran hombres. Era la ocasión de usar la ropa resistente a las arrugas que guardaba en la bolsa de viaje que vivía en su coche. El traje gris que llevaba en ese momento era cruzado y tenía la ventaja añadida de ocultar su figura. Parecía un reflejo de ella misma; conservador y profesional.

Parecía Sullivan.

—Vamos a la casa —explicó por fin el agente—. La prensa quiere noticias frescas para las cinco, así que hay programada una rueda de prensa en comisaría dentro de veinte minutos. En este momento las cosas están tranquilas en la residencia, así que hemos pensado que sería un buen momento para ir allí.

—De acuerdo. —Fiona dejó escapar un suspiro y reorganizó mentalmente sus expectativas sobre esa noche. Había esperado que la informaran a fondo del caso antes de que se reuniera con el niño. No quería ir mal preparada y todo lo que sabía sobre ese chico era que estaba «muy traumatizado», lo que podía significar cualquier cosa.

Subieron las escaleras que conducían a la terminal de transportes de superficie y ella se detuvo.

—¿No tenemos que...?
—Salimos por aquí.

La condujo hacia una zona acordonada, cerca del control de equipaje y de los arcos voltaicos detectores de metales. La larga fila de pasajeros serpenteaba de un lado a otro, con las tarjetas de

embarque y las identificaciones que necesitarían para el proceso. Uno de los guardias de seguridad saludó a Sullivan con una inclinación de cabeza antes de soltar la cintra retráctil de nylon de la catenaria e indicarles que pasaran. Menos de un minuto después, Fiona estaba en la acera, junto a un Ford Taurus blanco estacionado de manera ilegal en el carril subida y bajada de pasajeros. Sullivan hizo un gesto al guardia de uniforme naranja que recorría la acera mientras le abría a ella la puerta.

Fiona se sentó en el coche, descolocada por el cambio de planes, pero agradecida de que la hubieran recogido en el aeropuerto de manera tan eficiente. Odiaba las terminales. Estaban llenas de gente que, o bien parecía frenética y estresada, o aburrida y cansada.

Se abrochó el cinturón de seguridad y dejó sus cosas a los pies. Hacía calor en el interior del Taurus, lo que significaba que Sullivan no podía llevar mucho tiempo esperando en la terminal. Por alguna razón ese detalle la alivió. Sullivan guardó su equipaje en el maletero y abrió la puerta del conductor, permitiendo el paso a una ráfaga de aire helado. Georgia no era conocida precisamente por sufrir inviernos duros, pero todo el Sur estaba siendo víctima de una ola de frío. Incluso se esperaba nieve en Austin esa misma noche.

Fiona observó cómo el agente se instalaba detrás del volante. Le calculó unos treinta y ocho, quizá cuarenta años.

—Hábleme del caso —pidió.

Él encendió el motor y se incorporó al tráfico.

—Shelby Sherwood. Diez años. Fue vista por última vez la tarde del lunes, por su hermano.

—¿Se la llevaron de su casa?

—Sí. El hombre llegó por la puerta principal. Pensamos que llamó al timbre.

Hasta ese momento solo estaba repitiendo lo que ella ya sabía, y de lo que se había enterado a través de la CNN. Por lo general evitaba los informativos, pero esa mañana había estado pendiente del clima y la historia le llamó la atención. Poco imaginaba entonces que, al cabo de unas horas, abandonaría su clase de arte occidental para dirigirse al aeropuerto.

—Hábleme sobre el testigo —dijo.

Sullivan se giró para coger algo en el asiento trasero mientras seguía conduciendo el vehículo por la interestatal 85.

—Colter Sherwood. Seis años. Acababa de llegar de la escuela y estaba viendo los *Power Rangers* en la sala cuando Shelby abrió la puerta. —Hojeó el dossier en su regazo sin apartar la mirada de la carretera, lo que provocó que a ella se le acelerara el corazón—. Estudia primero de primaria en Green Meadows, en la misma escuela que su hermana.

Sullivan retiró algo de la carpetilla y se lo pasó. Era una copia a color de la foto de Shelby para la escuela, la que había visto en la televisión esa mañana. El liso pelo castaño de la niña llegaba hasta los hombros y llevaba una camiseta a rayas rosas y púrpuras. La imagen la hizo sentir incómoda. La expresión de Shelby no era la sonrisa despreocupada que debería tener una niña de diez años, tampoco era la mirada hosca que podría esperarse de una alumna de secundaria, era una sonrisa tensa, muy consciente de sí misma. Fiona estudió los labios apretados de la cría.

—¿Lleva braquets?

Sullivan la miró con sorpresa.

—¿Cómo lo sabe?

—Por la imagen. Trata de ocultarlos. ¿Por qué lleva maquillaje? Él volvió a mirar hacia la carretera.

—También me he dado cuenta de eso. No es demasiado apropiado para su edad, ¿verdad?

—Está en quinto, así que no. En especial si hace quinto en una escuela primaria, como dijo antes. Es necesario poner otra foto de Shelby en circulación cuanto antes.

—Estamos en ello. Al parecer Shelby no sonreía para la cámara porque llevaba aparato.

—¿De cuándo es esa foto?

—De septiembre, creo.

Cuatro meses no habrían cambiado demasiado el aspecto de la chica, eso suponiendo que no se hubiera cortado o teñido el pelo en ese lapso de tiempo. Incluso así, necesitaban otra imagen que mostrara los braquets.

Sonó un claxon cuando Sullivan atravesó bruscamente dos carriles. Ella miró por encima del hombro.

—¿Llegamos tarde?

—Trato de llegar a la casa mientras los periodistas están distraídos —se justificó él—. Nadie sabe que usted está aquí, y nos gustaría que siguiera siendo así.

—Eso será complicado en cuanto hagamos público el boceto, esta noche.

—Eso será si hay algún boceto que publicar. No sabemos si el hermano vio algo.

Ella apartó la vista de la fotografía, sorprendida.

—Entonces ¿para qué estoy aquí?

—Estaba sentado frente a la televisión, a menos de quince metros de la puerta, pero afirma que no vio a nadie.

—¿Y por qué no lo creen?

—Porque cuando la madre llegó a casa de trabajar, el chico estaba angustiado. Shelby se había perdido y lo único que decía era: «Yo no lo vi». Y no ha dicho nada más en los últimos dos días. Nadie puede conseguir que suelte otra cosa, ni su madre ni la policía ni el psiquiatra que llevamos. Está asustado, así que estamos bastante seguros de que vio algo. Por eso la llamamos.

Fiona siguió con la vista clavada en el retrato mientras negaba con la cabeza.

—¿Qué? ¿No cree estar a la altura? —Ella alzó la mirada y vio que Sullivan estaba sonriendo—. Venga ya —insistió él—. Se supone que hace magia con los niños traumatizados. Eso pone en su ficha; usted es la estrella en ascenso del arte forense.

Ella apretó los labios y miró hacia otro lado.

—Este será mi último caso. Voy a retirarme.

En el coche reinó el silencio mientras él digería aquella información. Ella esperó que no la presionara con preguntas, no quería dar explicaciones. Lo único que deseaba era realizar su trabajo y tomar un avión de regreso.

Lo miró de reojo. Sullivan la contemplaba con divertida incredulidad.

—Va a retirarse. ¿Cuántos años tiene? ¿Treinta?

—Veintinueve.

Él echó la cabeza hacia atrás y se rio. Ella se puso rígida. No esperaba que la entendiera, pero tampoco le debía explicaciones.

—¿Quién está en casa con Colter? —preguntó, cambiando de tema.

La sonrisa desapareció.

—Su madre y su abuela.

—¿Y el padre?

—Muerto. Falleció por conducir borracho hace aproximadamente un año.

—Bueno...

—La madre no ha salido de la casa desde la noche del lunes —continuó él—. No quiere moverse por si telefonea. Está convencida de que Shelby lleva el móvil, aunque no hemos podido confirmar ese punto.

—¿La madre es una de los sospechosos?

Él la miró de soslayo.

—La madre siempre es sospechosa.

—Ya sabe lo que quiero decir. ¿Ha tenido un comportamiento extraño? ¿Algún novio al que vigilar de cerca?

—Por ahora no. Todo lo que hemos encontrado indica un secuestro muy raro.

Así que Sullivan tenía información que no compartía con ella. No le sorprendió. Su trabajo consistía en proporcionar datos, tanto visuales como de cualquier otro tipo, a los investigadores, pero la información tendía a fluir a su manera. La mayoría de los detectives con los que había trabajado basaban sus actos en la necesidad de conocer, y ella, como artista, no necesitaba saber nada que no estuviera directamente relacionado con el dibujo.

Las notas ahogadas de un fragmento de Vivaldi llegaron desde el bolso, a sus pies. Dejó la carpetilla en el regazo, sobre el abrigo doblado, y rebuscó hasta encontrar el móvil. En la pantalla aparecía un código del área de Texas; era la tercera vez que recibía esa llamada en el día. Sería aquel detective de nuevo. Había dejado dos breves mensajes y estaba posponiendo devolverle la llamada. Tenía que poner fin a eso.

—Fiona Glass —respondió con energía.

—Hola, señora. Soy Jack Bowman, del Departamento de Po-

licía de Graingerville. —Hizo una pausa, como si esperara que ella dijera algo, quizá una excusa por no haberle devuelto las llamadas. No lo hizo—. Es difícil ponerse en contacto con usted.

—¿En qué puedo ayudarle, señor Bowman? —Notó un nudo en el estómago; temía lo que diría a continuación. Se trataría de un asesinato. De un secuestrador. De que había suelto un violador en serie...

—Bueno, nos enfrentamos a un homicidio y nos gustaría que nos ayudara. —Su voz sonaba relajada, con un dejo texano. Pero ella sintió algo más, percibió una determinación acerada que le dijo que iba a ser una persona difícil de rechazar.

—Lo siento, no puedo ayudarle, señor Bowman. Ahora mismo me estoy ocupando de otro caso. —Sintió la mirada de Sullivan al decirlo—. Va a tener que llamar a otra persona.

Silencio. Aquello iba a ser más difícil de lo que esperaba. Contuvo la respiración y rezó para que no le hablara sobre la víctima.

—Bien, en realidad ese es el problema, señora. No hay nadie más.

Ella se aclaró la garganta.

—Puede intentar ponerse en contacto con Nathan Devereaux, del Departamento de Policía de Austin. Estoy segura de que podrá ayudarle.

—Es él quien la ha recomendado.

Apretó el móvil con fuerza entre los dedos. Había dicho a Nathan que se retiraba. ¿Qué pasaba allí?

De pronto, Sullivan frenó y salió de la interestatal. Atravesaron algunos semáforos mientras ella miraba por la ventanilla. Parecían estar entrando en un barrio dormitorio, uno como tantos otros que habían surgido a las afueras de las ciudades americanas. El paisaje consistía en una serie de centros comerciales, supermercados gigantescos y verdes prados. Todos los postes telefónicos y las paradas de autobuses estaban adornados con cintas amarillas y papeles que informaban de la desaparición de Shelby Sherwood.

—¿Señora? —La voz de Jack Bowman hizo que volviera a centrarse en él—. ¿Sigue ahí?

—Lo siento, señor Bowman, pero no puedo ayudarle.

Colgó y metió el móvil en el bolso. Mientras cerraba la cremallera, le temblaban las manos. Apretó las palmas contra los muslos y respiró hondo. Tenía que concentrarse en la tarea que le esperaba. Aquel era su último caso; tenía que hacerlo bien.

«Nos enfrentamos a un homicidio». ¿Cuántas veces había oído esas palabras? Demasiadas para contarlas. No quería pensar en ello. No quería pensar en lo que Jack Bowman no había dicho, porque ya lo había escuchado antes; cada vez que le llamaba un detective desde algún punto del estado, y últimamente de la nación. «Hemos encontrado a una joven...», decían por lo general. Y la mujer había sido violada, asesinada o golpeada hasta dejarla sin vida. «Quizá su hijo haya visto lo que pasó. El testigo está traumatizado y hemos oído que podría ayudarnos...».

Sullivan se acercó a un cruce y tomó el carril que giraba a la izquierda.

—¿Es aquí? —preguntó.

—Sí.

Se inclinó hacia delante y miró por la ventanilla hacia la calle residencial. Todas las casas tenían el mismo aspecto pequeño, con fachadas de ladrillo rojo, un solo piso y garajes en el frente. La entrada al barrio estaba marcada por un magnolio joven y un letrero que rezaba «Rolling Hills».

Miró por encima del hombro el centro comercial que acababan de dejar atrás y vio un supermercado.

—¿Puede volver atrás? —preguntó.

—Claro, ¿para qué?

—No voy vestida para lo que voy a hacer —explicó—. Tengo que parar y cambiarme de ropa.

Las casas de los niños desaparecidos estaban cargadas con una energía peculiar. Los padres esperaban el regreso de sus vástagos con la mente llena de pensamientos increíbles, y su desesperación cargaba las estancias con electricidad. Su energía era poderosa y llevaba a auténticos desconocidos a atravesar bosques y distribuir

folletos. Pero eso no duraba siempre y según pasaban los días, las semanas y los meses, esa energía se desvanecía.

Fiona sabía lo que ocurriría. Sabía que era muy posible que si visitaba la casa de Shelby un año después, esa energía habría desaparecido por completo, sofocada por una única llamada telefónica.

Contempló la casa de los Sherwood mientras recorría el camino de acceso. El sendero de cemento que conducía a la entrada había sido acordonado con cinta amarilla para delimitar la escena del crimen. El timbre y el marco de la puerta habían sido espolvoreados en busca de huellas por los esperanzados investigadores. El patio no poseía un diseño que alabar, salvo un árbol gris sin hojas cuyo delgado tronco había sido decorado con un gran arco amarillo.

Un puñado de reporteros de segunda fila mantenía el lugar bajo vigilancia mientras sus colegas cubrían la rueda de prensa. Aunque la mayoría esperaban que ocurriera algo en la comodidad de sus unidades móviles, algunos hablaban y fumaban frente a la casa. Sullivan ignoró sus miradas inquisitivas mientras recorría el camino a su lado. Sus movimientos parecían decir «no hay nada que hacer, nada nuevo de lo que informar».

—Hay en camino un miembro del equipo CARD, contra el secuestro infantil —dijo Sullivan en voz baja—. Este se encargará de distribuir el boceto, así que seguramente le hará algunas preguntas cuando termine la entrevista.

—¿Están trabajando con los CARD?

—Sí, nos han asignado a cuatro agentes para este caso.

—Muy bien —repuso ella, impresionada. Los CARD eran equipos de intervención rápida en los casos de desaparición de menores, formaban parte de la élite del FBI y le extrañó que Sullivan no hubiera mencionado antes que estaban cooperando.

Subieron por la escalera trasera. Una olvidada corona de Navidad de plástico, formada por hojas de acebo, decoraba la puerta de los Sherwood. Sullivan golpeó con suavidad el cristal de la ventana mientras ella se detenía tras él en el porche. Echó un vistazo al patio trasero, con hierba amarillenta y un columpio azul y blanco.

Apretó con dedos helados el asa de la cartera de cuero marrón. Había dejado el abrigo en el Taurus, junto con el equipaje, donde ahora había también un traje pantalón bien doblado. Se había puesto unos vaqueros, unas zapatillas deportivas blancas y una sudadera de Mickey Mouse que había comprado en Anaheim hacía varios años. También se le había deshecho el moño francés y el pelo suelto le caía ahora sobre los hombros.

La puerta se abrió con un chirrido y apareció en el umbral una mujer morena y delgada. Algunos mechones rodeaban su rostro anguloso y llevaba un cigarrillo encendido. Parecía una versión apenas adulta de Shelby. A Fiona le sorprendió su escasa edad y el hecho de que hubiera abierto ella misma la puerta, la mayoría de las personas en esa situación tenían parientes que montaban guardia para protegerlas.

—Buenas tardes, señora Sherwood. Esta es la artista forense que le mencioné, Fiona Glass. —Sullivan se hizo a un lado para ella pudiera ponerse a su lado.

La mujer asintió con la cabeza a modo de saludo, con una mirada de cautela que no contenía ni pizca de desagrado.

—Pasen, por favor —les invitó, abriendo más la puerta.

Accedieron a un pequeño comedor para desayunos. Olía a Pine-Sol, como si alguien hubiera acabado de fregar hacía poco tiempo. Las persianas estaban bajas y la única luz procedía de una lámpara encima del fregadero. Ese tipo de casas solían estar mal iluminadas, como si la gente que las habitaba tuviera aversión a las luces brillantes. Fiona había observado ese fenómeno las veces suficientes como para pensar que debía haber alguna explicación psicológica. Sin embargo, ella no era psicóloga y no sabía a qué podía deberse.

Un tarareo hueco llenaba de vida otra parte de la casa. La madre de Shelby se apoyó en el mostrador de formica. Llevaba vaqueros de cintura baja y una camiseta negra de manga larga. Los pies estaban cubiertos por unos calcetines de lana color beige.

—¿Quieren tomar algo? —preguntó, señalando la interminable fila de pasteles y guisos que cubrían la barra—. Solo estamos mi madre, Colter y yo; sería imposible que nos comiéramos todo esto.

—No, gracias —repuso Sullivan—. ¿Qué tal se encuentra hoy?

La mujer dio una larga calada al cigarrillo mientras les miraba pensativa. Luego alargó la mano para dejar caer la ceniza en el fregadero.

—Más o menos igual. Esta mañana me pidió Froot Loops para desayunar, pero no los ha probado. Ahora está jugando en la habitación de Shelby. Le dije que iban a venir.

—Si le parece bien —intervino Fiona con suavidad—, me gustaría hablar con él a solas. Suele funcionar mejor de esa manera.

La joven lanzó la colilla al fregadero y la miró durante un buen rato. Empezó a decir algo, pero se interrumpió y miró al suelo. Luego cruzó los brazos, aclarándose la garganta antes de mirarla con unos brillantes ojos azules. Una vez más, era sorprendente el parecido con su hija.

—Podría dejar la puerta abierta si así se queda más tranquila, señora Sherwood, pero me gustaría minimizar las distracciones lo máximo posible.

—Llámeme Annie —dijo la mujer, limpiándose las mejillas—. Y haga lo que sea necesario. —Se apartó de la encimera y salió de la cocina.

Mientras recorrían la casa, Sullivan hizo una breve pausa para mostrarle la zona de estar junto a la entrada principal. Había un sofá azul, una mesita de café de roble y un mueble para la televisión. El enorme aparato estaba sintonizado con la CNN, pero habían quitado el volumen.

—Colter estaba allí sentado —explicó Sullivan, señalando una silla infantil junto a la mesa.

—¿Y qué luz había? —preguntó ella.

—Las persianas estaban levantadas —repuso Annie desde la puerta—. También estaba encendida la luz de la lámpara del techo. —Accionó el interruptor para hacer una demostración y la habitación se iluminó de manera considerable.

Fiona se acercó a la sillita y miró hacia la puerta. Sullivan tenía razón, era muy probable que el niño hubiera visto algo.

Annie les guió hasta los dormitorios de la casa, que eran todavía más oscuros que el resto y olían a tabaco.

—Mi madre no para de limpiar —comentó la joven mientras se acercaban al ruido ahogado que salía de una de las habitaciones del fondo—. Se desplazó desde Albany el lunes por la noche.

Annie se detuvo junto a la primera puerta.

—Colter, cariño, la chica que dibuja ha venido a verte.

Fiona echó un vistazo a la habitación y vio a un niño con el pelo rubio rojizo sentado en la alfombra con las piernas cruzadas. Llevaba un pijama verde del Increíble Hulk que la hizo preguntarse si estaba listo para dormir o no se había vestido. Él no levantó la mirada de su juego, una estructura de Lego con múltiples capas que parecía ser una especie de almacén para sus dinosaurios de plástico.

Annie miró a su hijo durante un buen rato antes de concentrar en ella su atención.

—Bien, supongo que os dejo a solas.

Fiona asintió y entró en la habitación. Las paredes estaban pintadas de color lila, a juego con el estampado de flores que llenaba la colcha y la funda de la almohada de la cama de Shelby. Había un escritorio de mimbre bajo la ventana y eran visibles unas huellas grises en el alféizar, lo que indicaba que alguien había buscado huellas dactilares. Junto a la cama había otra ventana, también manchada. Pinchadas en un corcho, vio varias chinchetas doradas separadas a intervalos de tres centímetros. De cada una de ellas colgaba una pulsera confeccionada con brillantes hilos de bordar, todas en diferentes fases de ejecución. Las observó un momento, pensando que eran precisamente el tipo de actividad que ella había disfrutado cuando era niña.

Eligió un lugar en la alfombra lo suficientemente lejos de Colter para que no se sintiera agobiado. Él seguía sin levantar la mirada de los dinosaurios, sin reconocer que tenía una visita.

—Hola, Colter —dijo con suavidad, como quien no quiere la cosa, mientras cruzaba las piernas—. Me llamo Fiona. Si no te importa, me gustaría pasar un ratito contigo.

Colter no dijo nada, pero la miró desde debajo del pelo revuelto.

Ella bajó la cremallera de la cartera de piel y sacó una tabla de madera. En realidad eran cuatro tablas con un mecanismo

de bisagras de latón. Doblado, el tablero era un cuadrado de aproximadamente dieciocho centímetros de lado, el tamaño perfecto para caber en una cartera de mano. Desplegó las alas y colocó los pasadores de latón en su lugar, creando una superficie de trabajo de sesenta centímetros cuadrados. Su abuelo había construido aquel tablero de dibujo en su taller de carpintería el verano anterior, y ella lo consideraba una proeza de la ingeniería. Los pasadores que unían las piezas también servían de clips para fotografías u otras ayudas visuales. Había una pequeña ranura para los lápices, y una muesca en la parte superior donde podría añadir una luz si fuera necesaria.

Colter no levantó la vista, pero había detenido las manos.

Fiona sacó un tubo de carbón y desenrolló una gruesa hoja de papel de acuarela. La extendió sobre el tablero y luego buscó un lápiz en el bolso, junto con un pequeño paquete de plastilinas Play-Doh. Vio el catálogo de identificación facial del FBI y lo dejó sobre la alfombra. Prefería trabajar sin él, pero cuando trataba con niños pequeños o personas que no eran nativas de Estados Unidos, era muy útil para describir algo que no sabían nombrar. Un niño de seis años podía no saber qué era «barbilla en retroceso», pero sí señalar a una imagen.

Fiona rebuscó en la colección de Beanie Babies un suave dragón verde con aletas triangulares de color morado en la espalda. Era lo más parecido que tenía a un dinosaurio, y lo puso sobre la parte superior del tablero de dibujo. Realizó un rápido bosquejo del dragón y miró a Colter, que tenía la atención concentrada en el papel.

—¿Cuál es tu dinosaurio favorito? —le preguntó.

Él ladeó la cabeza, como si estuviera considerando la pregunta.

—El mío es el triceratops —dijo, dibujando uno con rapidez. Al final se parecía más a un rinoceronte que a un dinosaurio, pero había captado la atención de Colter.

—A mí me gusta el velociraptor —murmuró el chiquillo.

A ella le dio un vuelco el corazón, pero asintió con rapidez.

—No sé cómo es. ¿Es el que tienes en la mano?

—Esto es un paquicefalosauro.

¡Guau! Y eso que no hablaba. Ella echó un vistazo a los dino-

saurios de juguete y se dio cuenta de que habían sido divididos en batallones. Sus conocimientos sobre animales prehistóricos estaban bastante oxidados, pero estuvo segura de que los había agrupado como carnívoros y herbívoros.

Colter cogió varios y se acercó más a ella.

—Ten —le dijo, poniéndolos en la alfombra, junto a ella—. Estos son los mejores.

Uno por uno, Fiona dio nombre a cada juguete, interrogando a Colter sobre su acierto. Él era la fuente de información.

—A veces también dibujo gente —comentó al niño mientras daba color a un T-Rex—. Me gustaría dibujar a la persona que viste en la puerta el lunes, después de la escuela. ¿Crees que podrías ayudarme?

Él se sentó en la alfombra, frente a ella, y ladeó la cabeza.

Fiona retiró las imágenes de dinosaurios y las reemplazó por una página en blanco. Cruzó las piernas y apoyó el tablero en los dibujos anteriores para que no les distrajeran.

—¿Me ayudarás, Colter?

—No lo vi —murmuró él.

Fiona trató de mantener la voz calmada. No quería que Colter se sintiera presionado, aunque era evidente que ya lo hacía.

—Está bien. Solo dime lo que puedas.

Él se quedó callado.

—¿Colter? ¿Te acuerdas de que el lunes llamó alguien a la puerta?

Él asintió.

—¿De qué color tenía el pelo? ¿Te acuerdas? —Preguntar sobre las características en abstracto era menos amenazador, y el color del cabello era el primer rasgo sobre el que hablaban la mayoría de los testigos.

—Castaño —susurró.

«Cabello castaño».

—Muy bien. —Se inclinó para seguir hablando con voz tranquila—. ¿Qué más viste?

—Era un hombre muy grande.

—Muy bien. Muy bien, Colter. —Pero todavía no empezó a dibujar. Casi todas las personas eran grandes para un niño sentado

en el suelo, sobre todo para un niño asustado—. ¿Te acuerdas de cómo era?

El silencio se alargó mientras Colter se miraba el regazo. Una lágrima salpicó el pantalón de su pijama y él la frotó con un pulgar carnosos. Ella notó una opresión en el pecho.

—Me dijo que no lo hiciera.

—Bien, Colter, no importa. ¿Qué más recuerdas?

—Hizo llorar a Shelby —confesó el chico con un hilo de voz, encogiendo los hombros.

—Muy bien. —Se le rompía el corazón—. Tómame tu tiempo.

—Me acercó el cuchillo a la cara —continuó antes de soltar un sollozo que pareció brotar de lo más profundo de su pequeño cuerpo—. Dijo que no hablara sobre él o vendría a cortarme la lengua.